

Al otro lado del agua bajo una bóveda de estrellas

Vicente Guarner

Juancho Pérez era un indígena de la mera Sierra de Oaxaca. Había nacido en un pueblito que se llama Analco, donde se pisa una tierra seca y polvorienta que quema en el verano y se cubre de hielo cuando el sol deja de calentar, en la época de frío. La familia de Juancho, sus padres y sus cuatro hermanos, vivían de una pequeña milpa que, proverbialmente, había quedado ubicada junto al río Grande, pese a que a esa altura, de grande no tiene nada: ocho metros de ancho y si acaso un metro y medio de profundidad... Pero la verdad es que todo en Analco, hace alusión a sus ríos: el San Miguel, el río Grande—del que hablamos— y el Xicomeschi, nombre que se refiere al pueblo por donde pasa, escasas leguas más adelante. La voz Analco hace alusión, precisamente, a ello; en el idioma indígena quiere decir “al otro lado del agua”, bien que no faltan los iconoclastas que apuntan que en zapoteca quiere más bien decir: Llano parado.

Con veintisiete años, apenas, Juancho tenía la piel de sus mejillas agrietada por el continuo caldear del sol, que hacía patente la huella que habían dejado en él los años de labor en la milpa. Y es que el efecto de los rayos solares los paga la piel a un alto precio. Por lo demás Juancho era delgado, ancho de hombros y musculoso. Conocía a Carmelita desde que ambos eran niños y bordaban, sentados en la cima del cerro más alto de Analco, un mundo de fantasía, por más que modestas ilusiones. Empero, al

hacerse de noche cuando guarda mayor luz la bóveda celeste, juntos se prometían un futuro promisorio. Por esa razón, decidieron venir al Distrito Federal: la tierra prometida de la gente de provincia. Se acomodaron en el departamento de un primo de él y bastó un curso de manicurista que ella aprendió en un salón por Tizapán, para que, al finalizar el mismo, la contrataran como empleada por su habilidad. Juancho, a su vez, tomó otro de manejar—que ya sabía— y así emprendieron el camino de la lucha por la vida, uno en el volante, y otro con los pellejos y la queratina de las mujeres. El primo disponía de un “vochito” y lo habilitaron como taxi. Juancho recibía una tercera parte de las ganancias y el primo las dos terceras partes, que le correspondían como propietario. Más adelante, cuando Juancho se aprendió de memoria las avenidas principales y los barrios más conocidos, el arreglo se hizo a partes iguales.

Al poco tiempo, el trabajo rindió su provecho. Pudieron alquilar un diminuto alojamiento, y no tardaron en comenzar a recibir el fruto de la juventud y de su fertilidad. Primero un hijo, Juan Diego, y al año a Consuelito. La vida transcurría bajo la inquietante incertidumbre con la que vive uno en una población anárquica como es la capital de México, donde sus habitantes transitan todos los días, expuestos a los avatares que les pueda deparar el destino. Por la mañana llevaban a los niños a la guardería

en el Volkswagen y Juancho dejaba después a Carmelita en la Glorieta de Insurgentes, donde ésta tomaba un autobús que la acercaba hasta la esquina de la Avenida San Jerónimo con Canoa, de donde iba caminando al Salón. El Salón, a todo esto, había progresado notablemente. Se había hecho más que popular, de prestigio, entre las damas riquillas de San Ángel y de Jardines del Pedregal, y siempre estaba lleno.

La dueña, que había sido empleada, y era peluquera, había mostrado denodado empeño en hacerlo crecer. En México el que quiere prosperar —y se esmera en hacer bien las cosas— acaba por triunfar. En ese sentido continúa siendo una ciudad extremadamente generosa con sus habitantes y, repito, siempre y cuando éstos muestren su mejor disposición para cumplir con lo que se les encomienda. Pero todo tiene un lado bueno —que es éste, precisamente—, y un lado malo, donde el mal principal nace de que la capital se ha sobrepoblado hasta convertirse en una ciudad difícilmente habitable e insegura; en ocasiones casi imposible de transitar; sucia y con insuficientes medios oficiales de comunicación. Todos los agravios que se le hagan en este sentido resultan más que merecidos.

© Enrique Rosedmann



A los tres años Juancho le compró a su primo el ya tan trabajado vochito, a plazos de trescientos pesos al mes, y se convirtió en el propietario de su propio negocio. No podían cumplirse mejor las fantasías que ambos se habían hecho; y en Carmelita más que en Juancho. Ella vivía —es justo decirlo— en un mundo mucho más íntimo e incorpóreo.

Una mañana Juancho fue solicitado por un cliente para que lo llevara al aeropuerto —vale decir que el taxista ya entonces disponía de cierta clientela— recorría el Pedregal por la calle de Cráter, a las siete de la mañana con el tiempo justo, cuando delante de él iba un Jaguar de color gris verde con una marcha despaciosa y sin mostrar la menor intención de acelerar ni de dejarlo pasar. Juancho le prendió primero las luces largas y el conductor del Jaguar no se inmutó; acto seguido Juancho hizo sonar su claxon y por la ventanilla del coche, el chofer del Jaguar le hizo un signo típico de la prole capitalina, de que le pasara por encima. Al llegar a Bulevar de la Luz, Juancho le sobrepasó por la derecha y se quedó un instante viendo al conductor del Jaguar y le hizo un ademán con el brazo izquierdo al tiempo que daba la vuelta a la izquierda e incrementaba la velocidad de su coche a ochenta kilómetros. De repente, a la mitad del camino, el Jaguar le alcanzó y su conductor se le cerró para impedirle el paso. Estuvieron a punto de chocar. Del lujoso Jaguar, se bajó su conductor y se fue hacia Juancho que seguía sentado en su automóvil. Era un hombre de unos cincuenta años aunque bien vestido, pero tenía toda la facha de un guaru ra añejado y matón.

—A mí no me mienta usted la madre —le dijo a gritos.

—Usted comenzó al impedirme el paso, sin razón —Juancho le contestó.

—Pues le repito, a mí ningún hijo de tal... me mienta mi madre. Y sacó una pistola, se la puso en la cabeza y le disparó, y no sólo una vez, sino que le lanzó una ráfaga de tres tiros más. La cabeza ensangrentada de Juanjo Pérez se desplomó sobre el volante. Todavía en sus pupilas se reflejaba la figura del asesino, en tanto éste, con parsimonia, enfundaba su revólver. Fue un acto de violencia, despertado por esa innata agresividad del ser humano, en el que ha dejado de ser un impulso biológicamente adaptativo, que dista mucho de aquel desarrollado por la evolución que le sirviera al hombre, para su propia supervivencia, la de él y de su especie. Hoy la agresividad resulta algo extremadamente complejo psicoanalíticamente. Y es que antes, la violencia reprimida como algo innato la poseía el hombre de las cavernas —como antes apuntábamos— con el propósito de sobrevivir a las otras especies. Hoy, en las grandes urbes, la violencia busca la oportunidad de salir a flote, al menor pretexto por el vehemente anhelo de derramar sangre y de matar por matar. Y esa misma crueldad, como



© Enrique Borchmann



© Enrique Borchmann

un atisbo, se refleja en el deporte de la cacería, no por comerse la presa —que muchas no son comibles— sino por el instinto de matar: la necesidad de sacar a flote la agresividad reprimida. La tendencia destructiva es innata a la naturaleza humana. A esa hora en la Avenida de las Fuentes no había más que dos vigilantes nocturnos que a prudente distancia contemplaron, hundidos en el silencio del asombro, la escena sin inmutarse.

Carmelita no volvió a ver a Juancho hasta que habían transcurrido varios días y que alguien la acompañó al servicio forense. El mozo tiró de uno de los cajones y de inmediato lo reconoció. Observó esos agujeros por donde le había abandonado la neuma (el alma de los griegos), al mismo tiempo que le notaba las costuras en la cabeza y en el cuerpo de los cortes por donde le habían hecho la autopsia.

Carmelita no gritó ni lloró. No se escuchó ni siquiera un susurro: fue un instante, silente, de dolor lacerante. Miró en dirección del cuerpo de Juancho sin ver, permaneció unos instantes como ausente, como ida. De repente, se escuchó la voz del mozo el cual, al mismo tiempo que empujaba el cajón y lo deslizaba por sus rieles hasta el fondo, decía:

—Como pasaba el tiempo y no lo reclamaban lo íbamos a mandar hoy a la escuela de medicina para que, al menos, sirva para los estudiantes.

La vida de Carmelita siguió su camino, sólo que ahora ya no contaba con la ayuda económica del marido.

Tenía necesidad de trabajar más. No descansaba ni los domingos y no tenía otra manera de llegar a su trabajo y de dejar a los niños en la guardería, que despertándolos a las cuatro y media de la mañana, para asearlos, prepararles un licuado, algo para comer a media mañana y vestirlos.

Un día, mientras estaba vistiendo a la niña —que ya contaba cuatro años—, ésta, aunque todavía medio dormida, le preguntó, en tanto se dejaba vestir de pie en la cama:

—¿Mamá, por qué todos los niños se despiertan de día y nosotros, hasta los domingos, nos levantamos, cuando todavía es de noche?

—Porque nosotros Chelito, somos muy afortunados. Al levantarnos todavía cuando está oscuro, descubrimos las maravillas del cielo: las estrellas, la luna que da claridad a lo lóbrego de las noches. Y gracias a salir cuando los otros duermen, podemos contar las estrellas, las distantes y las cercanas, las que brillan menos y las que más brillan y después, desde el camión, disfrutamos los diferentes colores de la aurora, el azul cielo, el amarillo anaranjado y el rojo de su resplandor.

—¡Somos muy afortunados!

Los tres, tomados de la mano, salieron a la calle al tiempo que se escuchaba la voz de la niña:

—Mira mamá, la luna y todas sus estrellas, en el cielo, arriba de nuestras cabezas. Somos muy afortunados, verdad amá...? [U]